

Novela hispanoamericana e Historia

Dalibor Soldatić

Resumen: El cuestionamiento de la relación entre la historia y la ficción, entre la escritura y el poder, entre la memoria y el lenguaje representa es un problema central a lo largo del desarrollo de la literatura latinoamericana desde sus inicios, empezando con las crónicas del descubrimiento, la conquista y la colonización, las guerras de la Independencia y terminando con los tiempos actuales. No cabe duda que la historia de América Latina todavía tiene muchos puntos por aclarar. Estos espacios vacíos intentan rellenarlos los escritores, a los cuales no se les puede negar el derecho de acudir a la imaginación, que es la esencia de su arte. Mientras la historia está escrita por las clases dominantes y por los vencedores, la única manera para expresar unos puntos de vista distintos y unas opiniones diferentes a fin de dismantelar el discurso oficial es la de escribir novelas. Varios escritores latinoamericanos ofrecen lecturas distintas de la historia, y de esta forma su obra se presenta como un contrapeso de la historia oficial.

Palabras clave: literatura, historia, poscolonialismo, identidad latinoamericana.

Abstract: The questioning of the relationship between history and fiction, writing and the establishment, memory and language, represents a key problem during the entire development of Latin American literature, from the chronicles of discovery, the conquest and colonization, the wars of Independence, to the present day. There is no doubt that the history of Latin America is not clear in many places. Writers are trying to fill these gaps in history; one cannot deny their right to recourse to imagination, which is the essence of their art. Since history is written by the ruling class and the winners, the only way to express different points of view and opinions and to challenge the official discourse is to write novels. Many Latin American writers offer different readings of history and in this way their work is presented as a counterweight to official history.

Key words: literature, history, postcolonialism, Latin American identity.

Carlos Fuentes, al recibir el premio Rómulo Gallegos por su novela *Terra Nostra*, en Caracas, dijo en su discurso, entre otras cosas, que el papel del escritor latinoamericano consiste en devolver la voz a los silencios de la historia latinoamericana. El mismo Fuentes, en un ensayo, nos decía que una novela no solo refleja la realidad como un espejo mágico, sino que añade una nueva realidad. Mientras que Vargas Llosa, al estudiar la obra de García Márquez en su famoso libro *Gabriel García Márquez o la historia de un deicidio*, nos hablaba de esa ruptura con la realidad y la creación de otra realidad, la literaria, con la ayuda, entre otros elementos, del elemento añadido. De ese modo ambos novelistas llegan a la conclusión de que la novela influye y transforma lo que aparentemente es una verdad conocida.

No cabe duda que la historia de la América Latina, tal y como ha sido presentada en las historias oficiales, ha dejado detrás numerosos huecos, vacíos y que esos vacíos vienen

a ser rellenados y completados por los novelistas, sin que pueda prohibírseles en ello el recurso a la imaginación que constituye la esencia misma de su oficio. Porque la historia siempre ha sido escrita por los vencedores y las clases dominantes. Y la historia de la América Latina registra 300 años del dominio colonial español, del poder de la corona española y luego, después de la conquista de la independencia, numerosas dictaduras de diversos tipos de tiranos, caudillos, juntas militares y figuras autoritarias.

Eso tiene por resultado el hecho de que la historia de las naciones latinoamericanas tenga una cara y su reverso. Porque los españoles vinieron, descubrieron y conquistaron los territorios americanos, sojuzgaron y oprimieron a los pueblos indígenas y luego contaron su versión de los hechos en las crónicas y las historias generales. Y no olvidemos que al llegar a América se encontraron con pueblos cuya lengua desconocían, menos aún conocían su cultura, historia, religión y costumbres. Y resolvieron fácilmente el problema, determinando que esos pueblos eran bárbaros, lo mismo que todos los habitantes de África que traían a América para ser esclavos eran simplemente negros. Pero ya López de Gómara y Bernal Díaz del Castillo no pueden ponerse de acuerdo sobre la verdadera historia de la conquista de la Nueva España, como solía llamarse por aquel entonces México. Y qué diferencia observamos al leer las crónicas de los pueblos vencidos que nos transmiten Miguel León Portilla y Ángel María Garibay.

Así, a lo largo de la historia latinoamericana, desde *El Periquillo Sarniento* de Lizardi hasta la fecha, vemos que la única manera de expresar una opinión política diferente y de oponerse a la política oficial, y, por lo consiguiente, asimismo a las versiones oficiales de la historia, ha sido escribir novelas.

Ahora bien, la historia positivista había considerado indispensable que la historia como ciencia utilizara documentos. La idea de observar la historia de una distinta manera surge a mediados del siglo XX, particularmente entre los historiadores franceses. Jacques Le Goff nos hablaba de las masas adormecidas que surgen sobre la escena cuando se valoriza la memoria colectiva y se organiza el patrimonio cultural.

Pero tomar en consideración la memoria colectiva significa poner de acuerdo los acontecimientos, los recuerdos individuales y la imaginación en el texto historiográfico, acercándolo por consiguiente a la obra de ficción. En la América Latina el interés por esa memoria colectiva va creciendo en la medida en que se le concede importancia, no solo para la formación del individuo sino también en relación a la búsqueda de la identidad de las comunidades nacionales y los grupos minoritarios. La memoria colectiva abarca los recuerdos que comparten todos los individuos quienes viven o han vivido en una época determinada, lo mismo que los recuerdos de los acontecimientos de un pasado remoto que pertenecen a la historia antigua o a la historia mitológica.

En las últimas décadas somos testigos de un fenómeno interesante: el que los escritores latinoamericanos participan, junto a los historiadores, en esa empresa de recolección y acopio de los recuerdos de los grupos minoritarios o raciales. Vemos hoy, por ejemplo, cómo gracias a los textos de Rosario Castellanos, Elena Garro, Elena Poniatowska, Laura Esquivel y Ángeles Mastretta, entre otras, cuando están de moda las letras femeninas, disponemos de un intento serio de concebir y reconstruir la historia de la mujer mexicana en distintas épocas, precisamente a través de la observación de su vida cotidiana, los trabajos de casa, las costumbres religiosas.

El historiador Enrique Florescano Mayet (1997) escribió en su artículo “La historia y el historiador” que casi en todos los países de la América Latina existe ahora un fuerte interés por reconstruir la memoria colectiva, y no las historias oficiales o las interpretaciones profesionales redactadas por los historiadores. Interesa lo que podríamos denominar la imaginación colectiva, que comprende los mitos, las celebraciones, las creencias tradicionales, civiles y populares, los héroes aunque sean de ficción.

Numerosas son las novelas hispanoamericanas que nos ofrecen los retratos de personajes de la historia nacional, reconstruyen el ambiente de épocas pasadas y remotas, o nos presentan las creencias populares. Eso ciertamente puede resultarnos de gran utilidad para comprender las sociedades de hoy.

Ya a mediados del siglo XX en la América Hispánica aparecía una serie de novelas que se ocupaban del discurso histórico a través de la ficción, de un modo que se distinguía sustancialmente del clásico modelo de la novela histórica. La problemática de la que se ocupan estas novelas ni se puede observar exclusivamente a través del prisma de la teoría literaria, pero tampoco a través de la visión exclusiva de la historia. Se requiere un enfoque interactivo, que no es lo mismo que el enfoque interdisciplinario. La historia y la novela se entretrejen en esas novelas, es un juego del discurso literario y social que le impone al lector la pregunta si el material histórico es el pretexto para escribir novelas o bien de la obra literaria emana la intención de expresar en forma indirecta un mensaje, un punto de vista diferente sobre un momento histórico, período o acontecimiento, con una jerarquía distinta del discurso, personajes, o la verdad callada por los discursos históricos existentes hasta ese momento. Por eso se nos impone la pregunta de cómo van a ser aceptadas esas novelas.

Con ello resulta evidente que la problematización de la relación entre la historia y la novela, la escritura y el poder, la memoria y el lenguaje representa una de las cuestiones clave del desarrollo de la literatura hispanoamericana desde sus inicios en las crónicas del descubrimiento y la conquista de América. Al tratarse del género de la novela histórica hay que recordar que éste surgió en Europa en el siglo XIX y muy pronto se trasladó a la América Latina. Sin embargo, por más que la novela histórica europea haya llegado a la América Latina como el modelo a seguir, inmediatamente manifestó peculiaridades y diferencias. En *El balcón barroco*, Noe Jitrik considera estas cuestiones y concluye:

1. La novela histórica en la América Latina no se dedica a la búsqueda de la identidad de una clase social, sino que busca la identidad nacional, trata de definir la argentinidad, mexicanidad, cubanidad etc., no en el sentido de la búsqueda de orígenes, sino en el sentido de qué somos en relación a otras naciones. Y eso no solo en relación a las naciones europeas, norteamericanas, sino también en relación a las naciones de los países vecinos.
2. Jitrik considera que la percepción historiográfica es débil, pues la historia apenas comienza a ser creada.
3. Viene acentuada la tendencia de que los personajes históricos se presenten en las novelas en el papel de protagonistas como es el caso de Juan Manuel Rosas en Argentina, el Dr. Gaspar Francia en Paraguay o Pancho Villa en México.

Jitrik, por eso, concluye que la historia total de la novela histórica se organiza como un conjunto de desplazamiento de criterios, conceptos, o funciones que le hacen cambiar de forma. Solo eso nos permitirá, dice Jitrik, considerar por igual novela histórica a un *Ivanhoe*

de Walter Scott y *Yo, el Supremo* de Augusto Roa Bastos. De ello resulta que es indispensable atenerse a los criterios de la continuidad que nos permite, es decir facilita, observar las variaciones y cambios de este género. De ese modo, la novela histórica hispanoamericana se lee en función del contexto cultural, histórico y literario, que implican no sólo las normas formales, sino también los contenidos temáticos.

Al conquistar la independencia, los habitantes de las antiguas colonias españolas, y ahora ya de los estados independientes y soberanos, se encontraron ante el problema de definir su propia identidad nacional y legitimar la fundación de esos estados. Lo hacen por medio de las imágenes y símbolos históricos y los intentos de glorificar las luchas de independencia. Así llegamos hasta el hecho de que las tendencias antes mencionadas de la novela hispanoamericana de destinar el papel de protagonistas a los personajes históricos se reduce en la mayoría de los casos a la importancia que se concede al papel del líder, caudillo en la historia historiográfica. Y el caudillo latinoamericano es, no cabe duda, un personaje que se presta mucho para ser protagonista de las obras de ficción.

Recordemos una vez más el hecho de que la literatura hispanoamericana desde sus inicios mismos, si es que consideramos como sus inicios los primeros textos escritos en lengua castellana sobre el suelo americano, comparte su papel con la historia. No porque en esos inicios la historia no hubiera sido dotada de estrictos y rigurosos criterios científicos, sino también porque al confrontar esos enormes espacios americanos, una orografía increíble, nuevas flora y fauna, el conquistador, el misionario y el viajero español vivían su empresa como una especie de episodio de las novelas de caballería y mezclaban la historia con la ficción. Tampoco se puede descuidar el argumento de que los conquistadores en sus cartas de relación y crónicas tenían que justificar las inversiones a sus patrocinadores y describían con mucha imaginación y lujo de detalles las tierras a las que llegaron como fuentes de grandes riquezas futuras, a pesar del hecho de que el primer negocio lucrativo en América haya sido la venta de esclavos. Esto lleva a Jean Franco a concluir en su *Historia de la literatura hispanoamericana desde la independencia* que a falta de obras de ficción (entre otras cosas debido a la prohibición de importación de novelas a América, aunque este argumento sea relativo), el discurso histórico de las crónicas y cartas de relación asume ese cometido. En el ya citado discurso, al recibir el Premio Rómulo Gallegos, Carlos Fuentes hizo hincapié en la necesidad de conquistar con nuevas palabras el antiguo pasado que pertenece a los latinoamericanos. Nos recuerda con razón Fuentes que la historia es, al fin y al cabo, una operación de lenguaje: sabemos del pasado y sabremos del futuro lo que de ellos sobreviva, hablado o apuntado.

Ya en la segunda mitad del siglo XX los historiadores y los filósofos mostraban que escribir historia es un acto de lenguaje y que esa escritura no es absolutamente objetiva. Ello nos lleva a la conclusión de que el documento histórico viene a ser una manifestación del poder de la sociedad del pasado sobre la memoria y el porvenir. Si hemos perdido la ilusión sobre la objetividad absoluta tampoco hay que caer en el otro extremo de asumir una actitud de escepticismo total en relación a la objetividad histórica y el concepto de la verdad en la historia. Al mismo tiempo se nos va a plantear la interrogante si las novelas hispanoamericanas compiten con los prejuicios, los estereotipos y las versiones oficiales de la historia. La respuesta nos exigiría una investigación minuciosa y exhaustiva y probablemente no sería una única, aunque, juzgando por las novelas que se publicaron en las

últimas décadas del siglo XX y las primeras del XXI, los escritores hispanoamericanos ofrecen una nueva visión de la historia.

Hay que tener además en cuenta que la novela abarca la realidad que los historiadores descuidan, la realidad cotidiana, la visión del hombre sencillo, la visión de los vencidos, de las culturas no europeas. La novela es el elemento que logra unir lo individual con lo colectivo, la inconsciente con lo intencional, lo marginal con lo central.

De ese modo, al enfocar la novela histórica en la América Hispánica, tenemos que prestar atención no sólo al período cronológico que cubren, sino también al discurso histórico adoptado, el concepto de historia implícito en el texto literario y cuál es la parte que no ha registrado la historia y, sin embargo, reconstruye la novela.

Por último, se nos impone la pregunta sobre las posibilidades reales de la literatura y de la historia de ofrecernos una imagen real de los acontecimientos del pasado. En qué medida son más poderosos los medios modernos de comunicación. En todo caso, concluiría que, con diferente importancia por su valor, las novelas hispanoamericanas ofrecen la posibilidad de una lectura y observación alternativa de la historia, y constituyen en ese sentido un contrapeso al discurso oficial de la historia. Y cuando le atribuimos a la literatura la capacidad de reconstruir el pasado evidentemente le estamos atribuyendo una importancia aún mayor.

Bibliografía

- CORONADO, Juan, "Independencia y Revolución (la historia en la novela)" en *Literatura mexicana*, vol. XI/2010, no. 1, pp. 83-99.
- CRUZ, José, *Novela e historia, Letras*, vol. 47, no. 71, pp. 11-31, 2005.
- FLORESCANO MAYET, E., *La historia y el historiador*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.
- FUENTES, Carlos, *Tres discursos para dos aldeas*, México, FCE, 1993.
- FUENTES, Carlos, *Tiempo mexicano*, México, Joaquín Mortiz, 1975.
- FUENTES, Carlos, *La nueva novela hispanoamericana*, México, Joaquín Mortiz, 1969.
- JITRIK, Noe, *El balcón barroco*, México, UNAM, 1988.
- MAC ADAM, Alfred; RUAS, Charles E., "Carlos Fuentes, The Art of Fiction no. 68", *The Paris Review*, no. 82, Paris, 1981. <http://www.theparisreview.org/interviews/3195/the-art-of-fiction-no-68-carlos-fuentes>
- PÉRUS, Françoise, *Historia y crítica literaria*, La Habana, Casa de las Américas, 1982.